

Pezoa Véliz y la Calle Viana



ESCRIBE
Sara
Vial

Hace muchos años fue apacible y silenciosa la calle Viana, como lo fue en general esta Villa del Mar nacida de un bosque. En todo caso, fue más recoleta y menos "aristocrática", usando la palabra con todo lo que tiene de relativa, que la calle Valparaíso, por donde las viñamarinas circulaban con la nariz mucho más alto. Pero, como "tras la paletada nadie dijo nada", hoy la primera es sólo un gran "taco" de buses, autos colectivos y demás, con la consiguiente cuota de smog que aún en una ciudad banida por los vientos del mar sabe colarse como simbología de nuestro tiempo.

Pezoa Véliz trabajó una época como secretario municipal en la corporación viñamarina. «Lo imagina usted? Yo tampoco. También trabajó en un instituto inglés y cuando tenía insomnio, que era muy frecuente, iba cantinando (1) por la avenida España hasta Valparaíso y luego se devolvía por la misma ruta. No sé si se sabe de esta rara condición atlética del poeta que (como si sabemos) fue bastante desdichado anímicamente.

Escribió unas prosas interesantes sobre esa Viana que le correspondió conocer y a la que observó con ojo de poeta, que no tiene por qué ser solamente lírico, ni siquiera en el siglo en que debutó hacer el servicio militar (1898) como subteniente de Guardias Nacionales. «Escríbe sobre todo, lo mega, todo y todo lo denude», dicen sus biógrafos. No sabemos si demolía él la calle Viana, creemos que no.

En todo caso, el primer Justo de siglo lo ve entrando y saliendo durante "los consentos de la modernización de la prensa, la fundación de nuevas revistas y una entusiasta actividad intelectual que tiene su centro en el Ateneo, época en que aparecen El Mercurio santiaguino, Luz y Sombra y Pluma y Lápiz, a los que van a seguir poco más tarde Chile Ilustrado, Panthesis, Zig-Zag". Época en que nacen sus poemas NADA, EL PINTOR PEREZ, EL PERRITO VAGABUNDO. Pero, bueno, ahora estamos en Viana del Mar, antes que el terremoto de 1906 lo dejé con una pierna quemada y hospitalizado en el hospital Alemany del cerro Alegre, donde escribirá su inolvidable TARDE EN EL HOSPITAL.

En la calle VIANA el dibujante Lukas tuvo uno de sus primeros estudios, y grafica la calle bugüística en sus APUNTES VIÑAMARINOS. También estuvo allí la casona de los padres de la escritora Teresa Wilms, la sede del Everton, la de la Cámara de Comercio. Vecina a la vía férrea, entonces más "férrea", la calle Viana se prolonga desde la subida al cerro Castillo (final de calle Valparaíso) hasta la Estación de Ferrocarriles, palabra un tanto mística ya. No tride más de siete cuadras, que se hacen eternas cuando se viene desde el puerto, por su calidad de "taco" inviable. Siguió por Ecuador, Traslaviña, Villanueva, Echeverría, Quinta (donde Lukas tuvo su estudio) y se detiene frente a la gran esquina de Ripley, con vista a la Estación y la parroquia, con su torre de capitada por terremoto.

«A lo largo de la vía ferroviaria que se prolonga casi despidamente en dirección a los paisajes de El Salto», escribe y describe Pezoa Véliz, «la calle de Viana se recuesta como en una bancada invisible bajo el profundo cielo del cielo viñamarino. Allá, el cerro de las Colinas, casi pitturajeando por construcciones de tipo moderno, por mansiones palacios que parecen nubes con suelos sólidos en el tranquilo sopor de la vida burguesa. Aca, la paupérrima sencilla, cuya tierra bondadosamente alterna con la blanca entre los muros y los muros, muros copados que bordan la linea. Aquí, las aspas de los molinos chilotes, las aspas siempre movidas por el viento (y también siempre manchadas por el infame aviso comercial: CUCURULL HERMANOS».

Nos señala que «pesa sobre esta calle un silencio de montaña» (2) que sólo turba el grito de un vendedor o los hastiados rezongos de las lenguas viejas. Arboles por aquí, pajares allá. Gorriones tristes, canturreos sexilos sobre los ramales donde los perleros poetas del campo vienen a cantar el dolor de esta Naturaleza falosificada por construcciones de arquitectura fiduciaria y casilos bursátiles. «Incorpora el poeta otras descripciones en que mira, dentro de la apacibilidad campesina, las viviendas en que engordan los comerciantes de Valparaíso». (3)

Nos detalla que «las familias de estos comerciantes presentan a la mirada del pasajero, escenas exquisitas. Niños de rostros colorados, aya de tocados europeos, mozas que arrancan rosas para el hombre amado».

Nos muestra «las rejas que separan estos jardines de la calle, casi siempre apretadas de enredaderas, campanillas, madreselvas, donde hay algunos claros por donde el pasajero curioso estraiga sea la intimidad de esos ricos, a medias si, porque las casas están generalmente a treinta o más metros de las veredas públicas».

28/11/1998 12:20

Así vemos esas "viviendas ennoblecidas por el silencio" que nos parecen un caso de Ripley ante la calle Viana de ahora, sin que esto aluda a los almacenes ya citados.

Hasta nos parece escuchar ese silencio, cuando "el aislamiento de las grandes casas aleja el bullicio particular del tráfico casero en dirección a los últimos patios". Nos viene a la memoria un vals persiano que se llama precisamente PATIO DE ADENTRO, inspirado en las tradicionales casas persianas que (lo apostariamos) aun están allí. Pero, nosotros, querer hacerlo, estaríamos acá. Es particularmente expresiva la visión costumbrista del poeta fortuitamente radicado en Viana como secretario municipal, sabroso como un dulce de La Liguria de los que se compraban al paso del tren. Lo irita, por ejemplo, lo que para un cronista social sería elegantísimo: ver una tarde a una dona, opulenta, que parte en su "victoria" particular desde su casa de calle Viana, "en cuyos cojines se echo soberanamente la enorme mujer". La contrapone a otros personajes más humildes que también desfilan por la misma arteria, "vozcos que vienen a tomar el aire, madres que pasan al hijo enfermo".

Mira confiadamente, con sus ojos azules, que muy azules los tuvo de verdad, "esas tres o cuatro casas sin moradores, cuyos dueños santiaguinos no quieren arrendatarios que se las instalarían para los meses de verano".

Y cómo no escuchar también, por gracia, del poeta de la inolvidable paleta, "ese tren de carreta que en la tarde suele pasar bufando como un toro herido".

«En los carros, sólo entrevistas al paso del tren, asoman sus cabezas estúpidas los animales que el conserje del puerto envía al cabellero gordo de Santiago. Un viento de tempestad borra las líneas, y encima van los palanqueros. De pie sobre la techumbre de los carros tempestuosos agitan tan la grandiosidad del parque, la vertiginosidad rápida con que pasan las flojas, engrejadas llevando en la diestra la dable banderilla de semaforo. Parecen los soberanos del viento o los reyes del parque».

Quedémonos con esta visión en los ojos, tal vez en el alma. Detengámonos aquí, ante esas estatuas inmóviles que nos dicen adiós con sus banderillas, sin habernos visto nunca.

Pezoa Véliz y la calle Viana [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pezoa Véliz y la calle Viana [artículo] Sara Vial.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile